



Gaston LEROUX  
EL SILLÓN  
MALDITO

París está conmocionado, y no es para menos. En la Academia Francesa, la institución de los Inmortales, está ocurriendo algo terrible: cada vez que se nombra a un nuevo académico, muere el mismo día de su investidura. El sillón que dejó vacante la muerte de Mons. d'Abbeville parece estar maldito. ¿Se trata de una extraña coincidencia de muertes naturales, son auténticos asesinatos o existe realmente una maldición? Pasen y vean...

*El sillón maldito*, novela escrita entre 1909 y 1910, es una obra de misterio —y a la vez parodia del mismo género— cuya trama y estilo vivo y curiosamente moderno atrapará al lector desde la primera página.

«En Francia, siempre se encuentra a un ciudadano con valor y sentido común para avergonzar, con su ejemplo, a la plebe...», Gastón Leroux.

# Capítulo I

---

## La muerte de un héroe

---

—¡Menudo trago va a pasar!

—Desde luego, pero dicen que es un hombre que no se asusta de nada...

—¿Tiene hijos?

—No, ¡y es viudo!

—¡Tanto mejor!

—Bueno, en cualquier caso hay que confiar en que no morirá... ¡Pero apresurémonos!

Al oír esos fúnebres propósitos, Gaspard Lalouette —un hombre honrado, marchante de cuadros y de antigüedades establecido desde hace diez años en la calle Lafitte, y que ese día se paseaba por el quai Voltaire, examinando los escaparates de los vendedores de grabados antiguos y de chamarilería— alzó la cabeza...

En ese mismo momento lo empujó suavemente en la estrecha acera un grupo de tres jóvenes tocados con la boina de estudiante que acababan de salir de la esquina de la calle Bonaparte y que, sin dejar de hablar, no se molestaron siquiera en disculparse.

Gaspard Lalouette, por temor a involucrarse en un infame altercado, se tragó el mal humor que sintió ante semejante falta de educación, y pensó que los jóvenes iban corriendo a asistir a algún duelo, sin ocultar su temor por el desenlace fatal.

Y volvió a considerar con atención un cofrecillo estampado con flores de lis que supuestamente databa de San Luis y había podido contener el salterio de Blanca de Castilla. Fue entonces cuando una voz, detrás de él, dijo:

—¡Se mire como se mire, es un hombre verdaderamente valiente!

Y otra contestó:

—¡Se dice que ha dado tres veces la vuelta al mundo!... Pero a decir verdad, no me cambiaría con él. ¡Mientras no llegemos tarde!

Lalouette se volvió. Los que pasaban eran dos ancianos, camino del Instituto, apretando el paso.

«¡Pero bueno! —pensó Lalouette—, ¿es que de pronto los ancianos se han vuelto tan locos como los jóvenes? —el Sr. Lalouette tenía unos cuarenta y cinco años, más o menos, la edad en que no se es ni viejo ni joven—. ¡Me da la impresión de que esos dos van a la misma enojosa cita que los estudiantes de antes!». Ocupado en estos pensamientos, Gaspard Lalouette había llegado a la esquina de la calle Mazarine, y tal vez se hubiera internado en esa tortuosa vía de no haberse topado de pronto, cara a cara, con cuatro caballeros a los que, por su levita, sombrero de copa y cartera de tafilete bajo el brazo, se podía reconocer como profesores, y que iban gritando y gesticulando:

—¡Pero bueno, no me digan que no ha hecho testamento!

—¡En tal caso ha hecho mal!

—Se dice que ha visto a la muerte de cerca más de una vez.

—Cuando sus amigos fueron a disuadirle de su propósito, ¡los echó a la calle!

—Pero es posible que se eche atrás en el último momento...

—¿Le toma usted por un cobarde?

—Miren, ahí está... ¡Ahí está!

Y los cuatro profesores se echaron a correr, cruzando la calle y el muelle, y girando a su derecha hacia el Pont des Arts.

Gaspard Lalouette, sin dudarle un momento, soltó toda la quincalla. Ya no tenía más que una curiosidad: conocer al hombre que iba a arriesgar su vida en unas condiciones y por motivos que aún ignoraba, pero que el azar le había dejado entrever como particularmente heroicas. Atajó por los soportales del Instituto para reunirse con los profesores y enseguida se encontró en esa placita cuyo único monumento lleva en la cabeza un pequeño bonete que se suele llamar cúpula. La plaza estaba rebosante de gente. Los carruajes se apresuraban entre los gritos de los cocheros y los de los vendedores ambulantes. Bajo el arco que conduce al primer patio del Instituto, una ruidosa multitud rodeaba a un personaje a quien parecía costarle horrores zafarse de ese entusiasta asedio. Y ahí estaban los cuatro profesores gritando «¡Bravo!».

Lalouette se quitó el sombrero y, dirigiéndose a uno de esos caballeros, le pidió con gran timidez que tuviera a bien explicarle lo que estaba ocurriendo.

—¡Pues ya lo ve usted!... ¡Es el capitán de navío Maxime d'Aulnay!

—¿Es que va a batirse en duelo? —siguió inquiriendo Lalouette, con la más humilde cortesía.

—¡Claro que no!... ¡Va a pronunciar su discurso de investidura en la Academia Francesa! —contestó, molesto, el profesor.

En estas, Gaspard Lalouette se vio separado de los profesores por un gran tumulto en la muchedumbre. Se trataba de los amigos de Maxime d'Aulnay que, tras haberlo escoltado y abrazado emotivamente, trataban de penetrar en la sala de sesiones públicas. Se armó un gran alboroto, pues sus invitaciones no les sirvieron de nada. Algunos de ellos, que habían tomado la sabia precaución de contratar a alguien que les guardase el sitio, se encontraron con que ha-

bían tirado el dinero, pues los que habían venido en nombre de otros se quedaron allí en su propio nombre. La curiosidad, más fuerte que el interés, los mantuvo allí clavados. Sin embargo, estando Lalouette arrinconado entre las pacíficas garras del león de piedra que custodia el umbral de la Inmortalidad, un ordenanza le dijo estas palabras:

—¡Si quiere usted entrar, señor, son veinte francos!

Gaspard Lalouette, aunque fuera marchante de cuadros y de chamarilería, le tenía un gran respeto a las letras. Él mismo era autor. Había publicado dos obras que eran su mayor orgullo, una sobre las firmas de los pintores célebres y las maneras de reconocer la autenticidad de sus obras, y la otra sobre el arte de enmarcar, a consecuencia de lo cual había sido nombrado oficial de la Academia; pero nunca había entrado en la Academia, y desde luego la idea que hubiera podido hacerse de una sesión pública en la Academia no concordaba en absoluto con todo lo que acababa de oír y ver en el último cuarto de hora. Por ejemplo, jamás hubiera pensado que para pronunciar un discurso de investidura fuera tan útil ser viudo y sin hijos, no tener miedo de nada y haber hecho testamento. Pagó los veinte francos y, tras sufrir mil embates, se encontró más o menos instalado en una tribuna donde todo el mundo estaba de pie mirando a la sala.

Estaba entrando Maxime d'Aulnay.

Llegaba un poco pálido, flanqueado por sus dos padrinos, el Sr. conde de Bray y el profesor Palaiseaux, aún más pálidos que él.

Un largo escalofrío recorrió a la congregación. Las mujeres, que eran numerosas y de nivel, no pudieron contener un gesto de admiración y de piedad. Una vieja dama piadosa se santiguó. En las gradas todos se habían puesto en pie, pues toda esa emoción era infinitamente respetuosa, como al paso de la muerte.

Al llegar a su sitio, el aspirante se había sentado entre los dos guardias del cuerpo; después alzó la cabeza y pa-

seó una mirada firme por sus colegas, la asistencia, la mesa, y también por el rostro alicaído del miembro de la ilustre asamblea encargado de recibirlo.

Por lo común, este último personaje aporta a esta clase de ceremonia una fisonomía feroz, presagio de todas las torturas literarias que ha preparado en la sombra de su discurso. Pero ese día, tenía la cara compasiva del confesor que viene a asistir a un enfermo en sus últimos momentos.

Lalouette, en tanto que examinaba atentamente el espectáculo de toda esa tribu ataviada de hojas de roble bordadas, no perdía palabra de cuanto se decía a su alrededor. Se decía:

—¡Ese pobre Jehan Mortimar era guapo y joven, como él!

—¡Y estaba tan contento de que lo hubieran elegido!

—¿Se acuerdan de cuando se levantó para pronunciar su discurso?

—Parecía que brillase... Rebosaba vida...

—Dirán lo que quieran, pero eso no es una muerte natural.

—No, no es una muerte natural...

Gaspard Lalouette no pudo seguir escuchando sin volverse hacia su vecino para preguntarle de qué muerte estaban hablando, y se dio cuenta de que aquel a quien se estaba dirigiendo no era otro que el profesor que antes ya le habían informado de manera algo huraña. Una vez más, el profesor habló sin pelos en la lengua:

—¿Pero es que no lee usted los periódicos, caballero?

¡Pues no, Lalouette no leía los periódicos! Había para ello un motivo que diremos más adelante y que Lalouette no aireaba a los cuatro vientos. Sólo que, a causa de que no leía los periódicos, el misterio en que se había adentrado al penetrar por veinte francos bajo la bóveda del Instituto se oscurecía más y más a cada momento. Fue por ello por lo que no comprendió nada de la especie de protesta que se alzó cuando una noble dama, a la que todos llama-

ban la bella Mme. de Bithynie, ocupó el palco que le estaba reservado. Se opinaba en general que tenía una cara muy dura. Pero de nuevo Lalouette no supo por qué.

Aquella dama consideró a la asistencia con una fría arrogancia, dirigió unas breves palabras a los jóvenes que la acompañaban, y clavó sus anteojos en Maxime d'Aulnay.

—¡Le va a traer mala suerte! —exclamó uno.

Y el murmullo general repitió:

—¡Sí, sí, le traerá mala suerte!

Lalouette preguntó:

—¿Por qué le va a traer mala suerte?

Pero nadie le contestó. Lo único de lo que pudo enterarse más o menos con seguridad fue de que el hombre que estaba allí, listo para pronunciar un discurso, se llamaba Maxime d'Aulnay, que era capitán de navío, que había escrito un libro titulado *Viaje alrededor de mi cabina* y que había sido elegido para el sillón que anteriormente ocupó Monseñor d'Abbeville. Y después volvió a empezar el misterio con gritos y gestos alocados. El público en las tribunas se levantaba y gritaba cosas así:

—¡Como el otro!... ¡No la abra!... ¡Ah, la carta!... ¡Como el otro!... ¡Como el otro!... ¡No la lea!...

Lalouette se asomó y vio a un bedel que traía una carta para Maxime d'Aulnay. La aparición de ese bedel con esa carta parecía haber sacado de sus casillas a la congregación.

Sólo los miembros de la mesa se esforzaban por mantener la sangre fría, pero se veía que a Hippolyte Patard, el simpático secretario perpetuo, le temblaban todas las hojas de roble.

En cuanto a Maxime d'Aulnay, se había levantado, había tomado de manos del bedel la carta y la había abierto. Sonreía ante todos los clamores. Y, ya que la sesión no había comenzado aún, pues se esperaba al canciller, la leyó, y sonrió. Entonces en las tribunas todos volvieron a empezar:

—¡Está sonriendo! ¡Está sonriendo!... ¡El otro también sonrió!

Maxime d'Aulnay le pasó la carta a sus padrinos, que desde luego no sonreían. El texto de la carta pasó pronto de boca en boca y mientras hacía la vuelta a la sala de boca a oreja y de oreja a boca, Lalouette se enteró de lo que contenía la carta:

*¡Hay viajes más peligrosos que los que se hacen alrededor de su cabina!*

Parecía que ese texto iba a llevar al colmo la emoción que reinaba en la sala, cuando se oyó la voz gélida del presidente anunciando, tras hacer sonar el timbre, que se abría la sesión. Un silencio trágico envolvió inmediatamente a la asistencia.

Pero Maxime d'Aulnay ya estaba en pie, ¡más que valiente, audaz!

Y he aquí que comienza a leer su discurso.

Lo lee con una voz profunda, sonora. Primero da las gracias por todo lo alto a la Compañía que le ha hecho el honor de acogerlo; después, tras una breve alusión a un luto que ha castigado recientemente a la Academia en su propio recinto, habla de Mons. d'Abbeville.

Habla y habla...

Junto a Gaspard Lalouette, el profesor murmura entre dientes esta frase que Lalouette —erróneamente, por lo demás— creyó inspirada en la extensión del discurso: «¡Está durando más que el otro!...». Él habla y parece que la asistencia, a medida que sigue hablando, respira mejor. Se oyen suspiros, las mujeres se sonríen como si volvieran a verse tras un gran peligro...

Sigue hablando y ningún incidente imprevisto lo interrumpe...

Llega al final del elogio a Mons. d'Abbeville, se anima. Se enciende cuando, a propósito de los talentos del emi-

nente prelado, emite algunas ideas generales sobre la sagrada elocuencia. El orador evoca el recuerdo de ciertos sermones sonados que le valieron a Mons. d'Abbeville las iras de los laicos por su falta de respeto por la ciencia humana...

El gesto del nuevo académico toma una envergadura inusitada como para golpear, ¡para fustigar a su vez a esa ciencia, isla de la impiedad y del orgullo!... Y, con un ademán admirable que ciertamente no tiene nada de académico, pero que es por ello si cabe más hermoso, pues se trata desde luego de un marino de la vieja escuela, Maxime d'Aulnay exclama:

—¡Hace seis mil años, caballeros, que la venganza divina encadenó a Prometeo a su monte! ¡Así pues, no soy de los que temen la furia de los hombres! ¡No temo más que la ira de Dios!

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando se vio al desgraciado tambalearse, llevarse la mano a la cara con un gesto desesperado, y desplomarse como un fardo.

Un clamor de espanto se alzó bajo la Cúpula. Los académicos se precipitaron, se inclinaron sobre el cuerpo inerte...

¡Maxime d'Aulnay estaba muerto!

Costó dios y ayuda evacuar la sala.

Muerto, como había muerto dos meses antes, en plena sesión de investidura, Jehan Mortimar, el poeta de los Perfumes trágicos, el primer elegido para la sucesión de Mons. d'Abbeville.

Él también había recibido una carta con amenazas, traída al Instituto por un recadero a quien no se halló jamás, una carta en la que leyó: «*En ocasiones los Perfumes son más trágicos de lo que se piensa*»; y también él, unos minutos más tarde, se desmoronó: esto es lo más concreto que finalmente pudo saber Gaspard Lalouette, escuchando ávidamente las frases histéricas que corrían por esa muche-

dumbre que abarrotaba hacía rato la sala pública del Instituto, y que acababa de ser arrojada a la calle inmersa en un desconcierto inexpresable. Hubiera querido saber más, y al menos conocer la razón por la que, habiendo muerto Jehan Mortimar, se temía tanto el fallecimiento de Maxime d'Aulnay. Sí que oyó hablar de una venganza, pero en términos tan absurdos que no le concedió ninguna importancia. No obstante creyó deber preguntar, para quedarse tranquilo, el nombre de aquel que habría de vengarse en tan novedosas circunstancias; entonces le soltaron tan extraña enumeración de vocablos que pensó que le estaban tomando el pelo. Y como se acercaba la noche, pues era invierno, decidió regresar a casa, atravesando el Pont des Arts, por donde algunos académicos rezagados y sus invitados, profundamente conmocionados por la terrible coincidencia de estas dos siniestras defunciones, corrían a sus casas.

Sin embargo, cuando iba a desaparecer entre las sombras que ya se espesaban en los pasajes de la Place Carrousel, se lo pensó. Detuvo a uno de esos caballeros que bajaban del Pont des Arts y que, con su andar nervioso, parecía aún turbado por el suceso, y le preguntó:

—¡Pero, señor! ¿Se sabe de qué ha muerto?

—Los médicos dicen que ha muerto por rotura de aneurisma.

—¿Y el otro caballero, de qué murió?

—¡Dijeron los médicos que de congestión cerebral!

Entonces una sombra se adelantó entre los dos interlocutores y dijo:

—¡Todo eso son bobadas!... ¡Los dos han muerto porque han querido sentarse en el Sillón Maldito!

Lalouette trató de retener a esa sombra agarrando la sombra de su chaqueta, pero ya había desaparecido.

Regresó a casa, pensativo...

## Capítulo II

---

### Una sesión en la sala del Diccionario

---

Al día siguiente de aquel día nefasto, el Sr. secretario perpetuo Hippolyte Patard penetró en la bóveda del Instituto cuando estaba dando la una. El conserje estaba en el umbral de su garita. Le tendió el correo al secretario perpetuo y le dijo:

—Viene usted muy pronto hoy, señor secretario perpetuo, aún no ha llegado nadie.

Hippolyte Patard cogió de manos del conserje su correo, que era bastante voluminoso, y se dispuso a continuar su camino sin mediar palabra con aquel buen hombre.

Este se quedó asombrado.

—El señor secretario perpetuo tiene aspecto de estar realmente preocupado. ¡Por lo demás, todo el mundo está conmocionado aquí después de semejante historia!

Pero el conserje ni siquiera se volvió, y el conserje cometió el error de añadir:

—¿Ha leído esta mañana el señor secretario perpetuo el artículo del L'Époque sobre el sillón maldito?

Hippolyte Patard tenía la particularidad de ser tan pronto un ancianito fresco y rosado, amable y sonriente, acogedor, benevolente, encantador, a quien todo el mundo en la Academia llamaba «mi buen amigo», evidentemente con excepción del servicio —aunque les colmaba de atenciones, preguntándoles por su salud—; y tan pronto, Hippoly-

te Patard era un ancianito completamente seco, amarillo como un limón, nervioso, enojoso, bilioso. Sus mejores amigos llamaban entonces a Hippolyte Patard «señor secretario perpetuo», en toda su extensión; el servicio tampoco las tenía todas consigo. Hippolyte Patard amaba tanto la Academia que se había desdoblado así para servirla, amarla y defenderla. Los días fastuosos, que eran los de los grandes triunfos académicos, las hermosas solemnidades, los premios a la virtud, los señalaba con el Patard rosado, y los días nefastos, que eran aquellos en que algún deleznable plumífero había osado faltar al respeto a la divina institución, los señalaba con el Patard amarillo.

Era evidente que el conserje no se había fijado, ese día, a qué color de Patard había de enfrentarse, pues se hubiera ahorrado la réplica mordaz del secretario perpetuo. Al oír hablar del Sillón Maldito, Patard se paró en seco.

—¡Ocúpese usted de sus asuntos! —le espetó—; ¡no sé si hay un sillón maldito, pero lo que sí sé es que hay un palco que no se vacía de periodistas! ¡A buen entendedor pocas palabras bastan!

Y dio media vuelta dejando al conserje fulminado.

¡Que si el Sr. secretario perpetuo había leído el artículo sobre el Sillón Maldito! ¡Pero si ya no leía más que ese artículo en los periódicos, desde hacía semanas! ¡Y tras la muerte fulminante de Maxime d'Aulnay, que había seguido tan de cerca a la muerte no menos fulminante de Jehan Mortimar, no era probable que la prensa perdiera en mucho tiempo el interés por un tema tan apasionante!

Y sin embargo, ¿qué persona sensata (Hippolyte Patard se detuvo para preguntárselo de nuevo), qué persona sensata hubiera osado ver en esas dos defunciones otra cosa que no fuera una coincidencia infinitamente lamentable? Jehan Mortimar había muerto de congestión cerebral, era una cosa de lo más natural. Y Maxime d'Aulnay, impresionado por el trágico fin de su predecesor, así como por la solemnidad de la ceremonia, y por último por los enojosos

pronósticos con los que algunos malvados diablillos de letras habían rodeado su elección, había muerto por rotura de aneurisma. Y eso tampoco dejaba de ser algo de lo más natural.

Hippolyte Patard, que estaba atravesando el primer patio del Instituto y girando a la izquierda, hacia la escalera que conduce a la secretaría, golpeó el adoquinado desigual y musgoso con la punta de hierro de su paraguas.

«¿Pero es que hay algo más natural —se dijo— que la rotura de un aneurisma? Es algo que le puede pasar a todo el mundo, morirse por rotura de aneurisma, ¡incluso leyendo un discurso en la Academia Francesa!». Y añadió: «¡Basta con que se sea académico!». Al decir esto, se detuvo pensativo en el primer escalón de la escalera. Aunque se lo prohibiera a sí mismo, el secretario perpetuo era bastante supersticioso. Esa idea de que, con todo lo Inmortal que se sea, se puede uno morir de rotura de aneurisma, lo incitó a tocar furtivamente con la mano derecha el mango de madera de su paraguas, que sostenía con la izquierda. Todo el mundo sabe que la madera protege contra la mala suerte. Y reemprendió su marcha ascendente. Pasó ante la secretaría sin detenerse, continuó subiendo, se paró en el segundo piso y dijo en voz alta:

—¡Si no fuera por esa historia de las dos cartas! ¡Pero todos esos imbéciles se han dejado embaucar!, ¡esas dos cartas firmadas con las iniciales E. D. S. E. D. T. D. L. N., todas las iniciales de ese cuentista de Eliphás! Y el secretario perpetuo se puso a pronunciar en voz alta en la solemnidad sonora de la escalera el aborrecido nombre de aquel que, mediante algún sortilegio criminal, parecía haber desencadenado la fatalidad sobre la ilustre y apacible Compañía: ¡Eliphás de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox!

¡Con semejante nombre, haber osado presentarse para la Academia Francesa!... ¡Haber esperado, él, ese mercachifle de desgracias, que se hace pasar por mago, que se hace llamar «Sâr» y que ha publicado un volumen absoluta-

mente grotesco sobre la Cirugía del alma, haber esperado el honor inmortal de sentarse en el sillón de Mons. d'Abbeville!...

¡Quién, un mago!, ¡como quien dice un brujo, que asegura conocer el pasado y el futuro, y todos los secretos que pueden hacer del hombre el dueño del universo! ¡Un alquimista, vaya!, ¡un adivino!, ¡un astrólogo!, ¡un encantador!, ¡un nigromante!

¡Y «eso» había querido ser de la Academia!

Hippolyte Patard se quedaba sin aliento.

Fuera como fuese, desde que le dieron a ese mago las calabazas que se merecía, ¡dos desgraciados que habían sido elegidos para el sillón de Mons. d'Abbeville habían muerto!...

¡Ja!, ¡que si el secretario general lo había leído, el artículo sobre el Sillón Maldito! Pero si hasta lo había vuelto a leer esa misma mañana, en los periódicos, y lo iba a leer de nuevo ahora mismo, en el diario L'Époque. Y efectivamente, desplegó la gaceta con una energía bárbara para su edad: ocupaba dos columnas, en primera página, y repetía todas las sandeces que ya habían machacado una y otra vez las orejas de Hippolyte Patard, pues en verdad ya no podía entrar en ningún salón o biblioteca sin oír inmediatamente: «¿Y bien, qué hay del Sillón Maldito?». L'Époque, en relación con la formidable coincidencia de esas dos muertes excepcionalmente académicas, se había creído en el deber de referir en toda su extensión la leyenda que se había formado a propósito del sillón de Mons. d'Abbeville. ¡En algunos círculos parisinos, en los que se interesaban mucho en las cosas que ocurrían al final del Pont des Arts, la gente estaba persuadida de que ese sillón estaba ahora maldito por el espíritu de venganza del sâr Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox! Y como, después de su fracaso, ese Eliphas había desaparecido, L'Époque no podía evitar lamentar que, precisamente antes de desaparecer, este hubiera pronunciado expresiones amenazantes a